

Aprendiz de *nubeira*

Xosé Miranda

Pues sí, Tía Pascasia, no va a quedar nadie de mi casa entre las *nubeiras*, ya ve. ¡Nosotros que teníamos más de mil años de tradición! Hasta nuestra casa era conocida como la del Tronador. Desde que un antepasado mío, que tal vez también lo sea suyo, Facundo, estudió en las Cuevas de Salamanca y fue el primero de su promoción, nunca faltó un tronante o una *nubeira* entre nosotros. Y ahora, ¡qué desgracia! El mundo ya no es lo que era. Se pierden las costumbres, no queda respeto ni educación. ¿Adónde iremos a parar? Mi antepasado fue un tronador tan cumplido que llegó a aparecer en los libros, y era conocido en todas partes. En cuanto se oía el trueno, decía la gente de cien leguas a la redonda:

—Ya está ahí Facundo, que anda con las zuecas por el mundo.

Y es que era cierto. Las zuecas esas con las que metía ruido todavía las vio mi abuela, fijese si duraron. Estaban herradas con tachuelas alrededor. Y ahora ya le digo. Y no vaya a creer que fue porque la niña no quisiese, no señora, ella bien que quería y bien que se esforzaba en aprender el reglamento y las mañas del oficio. La que no quiso fui yo. Yo. Sí, yo. Es que no podía ser. No soportaba sufrir tanto. Todos se reían de nosotras, y los que no conocían el asunto, venga a señalarnos con el dedo y a murmurar. Y el miedo que me daba que le pasase algo. Si no sé cómo no le pasó más de lo que le pasó. Que estamos hechos de una madera especial, que si no... ¿Quiere que le cuente cómo fue? Pues se lo cuento. Pero después no sea deslenguada y no vaya a ir de nube en nube con murmuraciones, que no quiero ser motivo de burla y para lenguas largas ya me llega con las de la aldea y con las del barrio, que son todavía peores.

Pues el caso fue que Rosita, que entonces andaría por los

seis o siete años, tenía buena disposición, pero pocas cualidades. Ella le ponía dedicación, sí, y bien veía yo que le gustaba el oficio, y pensaba que, con el tiempo y con algo de esfuerzo, podría hacer grandes cosas. Ya sabe que tenía que enseñárselo todo a espaldas de mi marido, que ni es *nubeiro* ni con los *nubeiros* quiso nunca tener nada que ver, a no ser conmigo, y hasta a mí llegó a prohibirme ejercer mi arte. ¡Ah, pero la cebra siempre tira al monte y a mí no hay quien me saque de esto! Así que voy procurando que no se entere Emilio y él va procurando no enterarse.

Lo que le contaba. Emilio no es *nubeiro* ni es de la aldea, que nació en Vigo y poco de allí salió. Pero es comedido como el que más y le gusta quedar bien con los vecinos y que no tengan nada que comentar de nosotros ni de nuestros parientes. Por eso no quiere que andemos en las nubes y no le hacía ninguna gracia que nos llamasen los del Tronador. ¡Y con lo que a mí me gustaba! ¡Qué orgullo que la llamen a una así y que no se atrevan a mirarte de frente! Pues al grano: primero empecé por explicarle a Rosita las maneras de subir a las nubes. Y mientras fue teoría, todo bien. Lo que es en cuanto llegamos a la práctica, juzgue usted, comadre.

Quiso hacer una *polvoriña*, para lo cual tenía que reunir un montoncito de polvo y orinarle encima. Si se hace bien es un método muy cómodo. Pronto se levanta un remolino de polvo y sólo tienes que agarrarte a él y te sube dando vueltas. Es como una escalera de caracol mecánica, salvando las distancias. Fue mi niña, meó y se mojó las piernas, los zapatos, las medias y la falda, pero de *polvoriña* nada. Entonces hizo una *fumieira*, que entre nosotros consiste en usar un agujero de un topo y hacer fuego en él. Después se agarra una a la columna de humo y es

como un ascensor. Va Rosa y al encender la cerilla se quema los dedos y se pone a llorar. Y el humo salió rastrero, nos cegó los ojos y nos obligó a lagrimear. Oía tanto la ropa que tuve que inventar una patraña para explicárselo a Emilio.

En aquel momento decidí intentar el tercer método, que es el mejor: el *meco*. No sé si sabe que el *meco* es un remolino mágico de aire, que se forma recitando un conjuro. Subes sin pecarte, como quien va en una montaña rusa. La obligué a aprender bien el conjuro, letra a letra, y cuando ya estaba preparada fuimos las dos a un descampado. Sólo podíamos actuar los fines de semana que íbamos a la aldea, o por las tardes fuera de horas de clase y antes de que saliese el padre del trabajo. Menos mal que me había sacado el carné de conducir y cogía el Ford Fiesta y buscaba lugares apartados y solitarios. Se equivocó al recitar la letanía y se formó una negra. Negrísima: un tifón como yo no había visto nunca en mi vida. Una columna de viento girando y rugiendo que me dio miedo. Nos lanzó de un golpe sobre la hierba del prado, me arrancó la falda, dejó sin ramas un castaño y rompió un pino, levantó una vaca en peso, me volcó el Ford Fiesta, que después tuve que llamar a la grúa, yo qué sé lo que hizo. Tan nerviosa me puse que no acertaba con las palabras para pararlo. Y siguió y siguió rugiendo y tragando cosas hasta que pude dominarlo y hacer que fuese deshaciéndose en borrascas y vendavales. ¿Cómo quiere que no tenga el pelo blanco con esos disgustos, mujer?

Lo que me costó convencer a mi marido sólo lo sé yo. Me desesperé y decidí irle enseñando a la niña otras cosas primero y dejar esa parte para más adelante. Con lo que yo no contaba es con lo aguda que me salió, que se mete en camisas de once varas y después me to-

ca a mí ir a sacarla. ¿Pues no se le ocurre cogermelo el *Libro de Leer y Desleer* e irse con una compañera del colegio, que cursaban segundo de Primaria, el Diabolo me lleve, a hacer ensayos en la pista cubierta del patio? Y menos mal que los hicieron allí, que si no... Mientras la que leyó fue la compañera todo les salió bien, la compañera leía, con voz reposada y pronunciando correctamente cada palabra, despacio, como es preciso, y Rosita iba subiendo, iba subiendo, iba subiendo, hasta que llegó al techo del pabellón. Y, como la otra leía aún, hubo de agacharse, que ya la cabeza golpeaba las vigas metálicas de la cubierta.

—¡Para, mujer! —le dijo.

—¿Ahora qué hago?

—Ahora tienes que desleer.

—¿Y eso cómo se hace?

—Lees las palabras al revés. No te equivoques, que es arriesgado.

La otra leyó, todavía más despacio, porque desleer es difícil, y Rosita fue bajando. Cuando la otra dudaba, porque las palabras del revés parece que no tienen demasiado sentido, Rosita se balanceaba en el aire. Por fin llegó al suelo.

—¿Qué tal? —le pregunta su amiga.

—Superguay —dijo ella, ¿qué iba a decir?

—Ahora me toca a mí —dijo la muchacha, y Rosita se puso a leer.

Como mi hija es como es, pasó lo que pasó. Primero leyó a tropezones y la otra niña subió como en un ascensor que va parando en cada piso. Después se equivocó varias veces y la otra se fue para los lados y protestó. Luego se saltó una línea y su compañera ni subía ni bajaba. Y después volvió atrás, empezó de nuevo y la amiga fue subiendo, pero ella se puso nerviosa y comenzó a leer apresuradamente. Su colega subió como un coheite y se dio tal trompazo contra el techo, que vio las estrellas.



TEO PUEBLA.

—Bájame —pidió, porque creo que le dolía y ya no le hacía gracia el juego.

Lo malo es que en ese momento oyeron llegar a la profesora de Gimnasia, que iba con otras niñas. Rosita, que no supo qué hacer, cerró el libro y echó a correr y, claro, al cerrar el libro sin desleer las palabras, cayó la otra desde allá arriba y se dio tal golpe que se rompió dos dientes y no sé cuantas costillas y estuvo un mes en el hospital y qué le voy a decir cuánto tiempo con escayolas. ¡Mi madre, la que se armó, y eso que nunca llegaron a saber cómo subió allí, porque no le creyeron una palabra!

Entonces tuve ya mis dudas sobre la capacidad de Rosita para ser *nubeira* y sobre la conveniencia de enseñarle mis secretos. Pero la sangre siempre tira, todos tenemos nuestro orgullo y nadie quiere reconocer que su hijo no vale para determinada cosa. Le eché tres broncas de las buenas, una por coger el libro sin permiso, otra por usarlo sin saber, y otra por contarle nuestros asuntos a extraños. No hay nada peor que ser indiscreta. Y la gente no nos mira con muy buenos ojos. Sin embargo seguí con las lecciones, siempre a escondidas del padre, y conseguí enseñarle casi todo lo que sé de nubes, rayos y truenos. Me faltaba, claro, lo más importante, que es cómo controlar los ele-

mentos y no dejar que ellos te dominen. Me faltaba la lección de los vientos, y otras varias. Pero lo que es jugar con el agua, construir una tormenta, y todo eso, chapó. Lo sabía la niña de cabo a rabo. Hicimos alguna que otra práctica en la aldea, y de maravilla. Todo desde tierra, que a las nubes no la subí para nada. Después de las experiencias que tenía, sólo de pensarlo ya me mareaba. De momento que se fuese conformando con el mando a distancia. Pero ¿sabe qué pasó? Que un día que habíamos ido a la aldea y yo me entretuve por allí con mis cosas, ya se sabe, que si rozar los cercados, que si fregar los cacharros, que si hacer la comida, que si hablar con las comadres, que si visitar a los parientes, que si esto y que si lo otro, mi marido, por buscar algo de conversación y dejarse ver, fue a misa y llevo con él a la niña. No es que sea religioso, qué va a serlo. Lo que pasa es que en el atrio de la iglesia es donde se reúne la gente, y después van a tomar un vino a la taberna, o quizá dos, y hablan del tiempo, que mira que me hace a mí gracia que hablen siempre del tiempo, como si supiesen algo de eso. ¿Eh, comadre, no le parece? Dejarlos hablar y hacer lo que nos plazca, y ellos que parloteen. Eso es. Al volver a casa padre e hija pasaron al lado de una fuente. Una fuente que ad-

mira verla, qué agüita tan fresca, en verano y en invierno. Lástima que ahora con eso de los limos que llaman purines no se pueda beber. Al ver la fuente dijo mi hija:

—Papá, mira qué fuente tan buena para hacer una tronada de granizo.

Emilio se llevó un susto y de primeras le quiso dar una bofetada. Pero después creyó que era mejor tirarle de la lengua y le preguntó:

—¿Y tú sabes hacer una tronada?

—¡No voy a saber!

—Entonces fue que te enseñé tu madre.

Ahí la niña se acobardó y calló. Ay, sí, pero Emilio ya estaba con la mosca tras la oreja e insistió:

—¿Y qué sabes hacer?

—Tronadas.

Él quiso saber lo que había de verdad o no en el cuento.

—Pues haz una, a ver.

Nunca lo dijese. Fue la niña e hizo lo que yo le había enseñado, pero mal, como siempre que no estoy para ayudarla, y formó, efectivamente, una tormenta. Era un día claro, de sol, se asaban los pájaros con el calor y los lagartos se freían en las piedras. Ni un soplo de brisa ni una sombra de nube. Y de repente aquello. Una tormenta como no recuerdan igual en la parroquia. Emilio, al levantar la vista, quedó aterrado.

—¡Mi madre! Va a aplastar todas las cosechas y va a causar la ruina de alguno. Si lo saben nos matan. Deshazla, Rosita, por lo que más quieras.

—No puedo.

—¡Deshazla, niña! ¡Deshazla!

—Que no puedo, papá, que no sé. Sé hacerlas, pero no sé deshacerlas. Ahora tiene que descargar.

—Pues mándala a una tierra nuestra —dijo el padre, y eso fue lo que hizo, la mandó contra una parte que son fincas nuestras y de mi hermana, que es soltera, y es como si fuesen nuestras.

Caían piedras del tamaño de cubos de hielo de las neveras. Como huevos de codorniz. Ni siquiera yo conseguí nunca unas como aquéllas. Está visto que Rosa tenía cualidades. Los campos en que cayó no nos dieron nada en cuatro años. Quedaron unos surcos como si hubiesen caído bombas. Y lo que dio que reír que los huertos del Tronante recibiesen la tronada. No se lo quiero contar. Llegó Emilio a casa y casi me mata. ¿Y cómo me disculpaba yo, quiere decírmelo? ¡Si tenía él toda la razón! Toda, porque la rapaza es una mala cabeza. Así que no me quedó más remedio que hacer lo que hice. Y, la verdad, aunque no me hubiese descubierto mi marido, tendría que acabar por hacerlo igual, ¿no le parece? Le dije:

—Tranquilo, que esto lo arreglo yo.

Llené una palangana con agua. Llamé a la niña, la puse a un lado y le mandé saltar por encima. Saltó. Olvidó todo cuanto le había enseñado y nunca más volvió a recordarlo. Ahora ya ni sabe que es hija de una *nubeira*. Cuando mira las nubes no piensa que hay gente en ellas. Ni siquiera sabe que ella quiso subir alguna vez. Y Emilio, tan contento. Yo no. ¿Cómo voy a estar contenta si en la casa del Tronante se acaban los *nubeiros* y yo soy la última de una tradición ilustre que perduró siglos? ¿Cómo no entiende mi marido esto que le digo? ¿Y cómo quiere que esté contenta cuando la niña ve la televisión en vez de ver el mundo desde aquí, como nosotras lo vemos? Ya no queda fantasía.

Pero, dígame la verdad, ¿a que no podía hacer otra cosa?